

Reseñas

FONTANA Silvia (2009). *Sobre llovido, mojado. Riesgo, catástrofe y solidaridad. El caso de Santa Fe*, Córdoba, EDUCC, 240 páginas.

Por Víctor Ezequiel Giletta ¹

Bajo un título más que sugestivo, este libro presenta un rico estudio sobre un ámbito poco explorado: la forma en que se construye socialmente un desastre natural. Tomando como caso la inundación de abril de 2003 en la ciudad Santa Fe, Argentina, a través de un análisis etnográfico la autora observa dos construcciones particulares del colectivo considerado: las ideas de “catástrofe” y la de “solidaridad”.

La motivación del estudio surge a partir de una poesía, tan bella como profunda, escrita por un ciudadano “afectado” por la inundación. A partir de allí, Silvia Fontana pretende observar las formas de “solidaridad” que desarrolló el pueblo santafesino. Sin embargo, al entrar al campo de investigación se encuentra con que cada habitante de la ciudad posee diversas imágenes sobre el hecho. Desde ese entonces, no sólo es menester detenerse en las acciones de solidaridad del durante y del después de la inundación, sino también poner la mirada en otros aspectos. El libro presenta, en los diversos capítulos, las imágenes particulares de los “afectados”, las ONGs que trabajaron en el rescate y ayuda durante la “catástrofe”, los medios de comunicación social y por último, pero no menos importante, el rol y “responsabilidad” del gobierno y los miembros del mismo.

De acuerdo a lo anterior, la inundación, en tanto “catástrofe”, irrumpió en la cotidianidad de los habitantes de la ciudad, quienes se vieron “afectados”, convertidos en víctimas. A partir de ello, definieron un “nosotros” particular, en diferencia al “ellos”, los culpables de la catástrofe. La autora manifiesta que *todos* fueron “afectados”, de una u otra manera, por la inundación, y que ésta vino a desdibujar toda diferencia social y de clase: como en una suerte de democracia liberal del río, “todos los habitantes santafesinos fueron iguales bajo la ley de las aguas” (p. 20).

Este fenómeno llevó a los afectados a desarrollar una identidad colectiva singular y a convertirse en una comunidad imaginada a partir de vivencias compartidas. La identidad configurada desembocó en diversos mecanismos de acción colectiva que propugnaron acciones de solidaridad, como así también la búsqueda de justicia. Como ejemplos de movimientos y organizaciones pueden mencionarse la Coordinadora de Barrios Inundados, la Carpa Negra de la Memoria y la Dignidad, el Museo de la Memoria, la Marcha de las Antorchas, entre otros.

¹ Licenciado en Ciencia Política, Universidad Católica de Córdoba. Maestrando en Análisis, Derecho y Gestión Electoral, Universidad Nacional de San Martín. Trabaja en el Instituto Federal de Gobierno y Asuntos del Sur.
E-mail: ezequielgiletta@yahoo.com.ar

En cuanto a la actuación de ONGs, enmarcadas dentro del denominado Tercer Sector — que tuviese su auge en el país durante el retraimiento del Estado con la aplicación de políticas neoliberales en los 90—, Fontana se detiene en tres de ellas: Cruz Roja, Cáritas y Red Solidaria. Inteligentemente, observa cómo es construida y organizada la “solidaridad” en un momento catastrófico. En este sentido, en las entrevistas con voluntarios de las organizaciones, se explican las actividades de las mencionadas organizaciones. La autora sostiene que “mientras que para Cáritas “solidaridad” es caridad, para Cruz Roja es ‘ayuda humanitaria’ a través del socorro y el rescate; y para Red Solidaria es filantropía” (p. 162).

Cabe destacar, como rasgo común de estas organizaciones, que las tres desarrollaron una ardua tarea durante el desastre y después del mismo, rescatando y receptando ayuda del país y del mundo. Además, conformaron una coalición con los medios de comunicación —en especial Red Solidaria—, que permitió que todo el país se informara de la situación y que pudiese colaborar en la causa.

En consonancia con lo anterior, los medios de comunicación social desarrollaron un papel importante ante la “catástrofe”. La televisión, la radio, los diarios y el incipiente “punto com” fueron cruciales en la campaña solidaria de ayuda a las víctimas. Los medios no sólo dieron voz a los afectados, sino que además formaron parte de ellos. Actuaron como aliados de los afectados y de las ONGs, promoviendo un espacio público mediatizado que convirtió a la inundación en el principal tema de la agenda social y política argentina.

La autora sostiene que a medida que los medios construían la realidad de lo que sucedía, colaboraban con formar una opinión pública de los gobernantes: mostraron de manera homogénea la ausencia del gobierno y la imprevisión de las autoridades, particularmente del gobernador y del intendente. Los medios se encargaron de manifestar que las causas de la catástrofe no sólo se debían a condiciones naturales, sino sobre todo a cuestiones antrópicas, como lo eran las obras inconclusas sobre el río Salado, imputables a la omisión del Estado. Sin embargo, Fontana demuestra que más que ausencia del Estado/gobierno, se observó una improvisación y desorganización del mismo.

El último capítulo del libro, se encarga de analizar la actuación del gobierno santafesino que tenía responsabilidades legales en la prevención de una catástrofe de este tipo. Diversas leyes obligaban al gobernador a estar a cargo de la planificación de las operaciones de emergencia ante un caso de inundación u otro desastre. El gobierno provincial puso en marcha, de manera más o menos improvisada, un conjunto de comités que actuaron con diferentes grados de eficacia. La autora indica que gracias a la solidaridad y actuación de ONGs, la desorganización del gobierno no generó otra catástrofe sobre la ya existente.

Si bien los afectados construyeron imágenes diferentes de la actuación del gobernador y del intendente, todos coincidían en la ausencia e improvisación del Estado/gobierno. En una entrevista con un destacado funcionario, éste explica que el gobierno se encontraba en una situación de *trade off* entre la obra hídrica y la atención de la pobreza. Dado el contexto socioeconómico del país, entendía el funcionario que la realización de una costosa obra para prevenir una impredecible, e históricamente poco recurrente, inundación hubiese significado una postura difícil de explicar para el gobierno; por ello, los recursos públicos fueron destinados a la lucha de la pobreza en años anteriores.

A modo de conclusión, Fontana afirma que los gobiernos deben “*gestionar el riesgo*” y no “*gestionar en el riesgo*” (p.231). Esta perspicaz proposición se presenta como un desafío para la investigación social, abriendo un nuevo campo de estudio donde las herramientas propias de la ciencia política pueden brindar un valioso aporte.